

Capítulo 1

Abril de 1881

*P*or primera vez en los muy decorosos y correctos 16 años de vida de Evelyn Foster, estaba a punto de hacer algo horrible, indeciblemente malo. Y al revés de lo que uno pudiera pensar (que ella era joven e impulsiva, y en consecuencia la maldad le resultaba excitante), no le resultaba *excitante* en absoluto. De hecho, ella misma se atrevería incluso a decir que estaba molesta, irritada, e indudablemente enfadada, ya que jamás se le habría ocurrido semejante idea; que para ella y su mejor amiga Penélope pudiera ser «divertido» colarse en las habitaciones de los chicos en Eton mientras todos cenaban.

Quizá la parte más angustiosa de todas fuese que estaban entrando a hurtadillas por *él*. Lord Martin Langdon, hermano menor del duque de Wentworth, el chico travieso que siempre andaba metido en líos por diversas alocadas diabluras (como colocar un cubo de agua sobre la puerta de su preceptor, o enviar una balsa Támesis abajo cargada de fuegos artificiales que iban a explotar delante del castillo de Windsor, donde se alojaba la reina.

Además de todo eso, lord Martin era ya, a sus 17 años, un famoso y autoproclamado mujeriego. Era un adolescente insoportable y de dudosa reputación, un ser disipado, y Evelyn lo sabía a ciencia cierta.

Así pues, ¿por qué participaba en esto?, se preguntó por enésima vez, sacudiendo la cabeza mientras atravesaba el prado iluminado por la luna con Penélope.

Estaba esta noche aquí porque su guapa amiga rubia se creía que estaba enamorada del granuja y no había podido convencerla de lo contrario. Y Evelyn difícilmente podía quedarse en casa preguntándose qué ocurriría; porque, aunque detestara reconocerlo, ella misma sentía una extraña y confusa fascinación por él.

—Date prisa, Evelyn —susurró Penélope mientras atravesaban las oscuras callejuelas en dirección al campus, vestidas con ropa masculina que le habían pedido prestada al hermano pequeño de Penélope—. No tenemos mucho tiempo, y no quiero que me pillen al salir.

—Ya voy.

«Debo de estar loca», pensó Evelyn, sintiendo el frío aire nocturno en sus mejillas al tiempo que apretaba el paso para alcanzar a su amiga.

En ese momento Penélope empezó a correr, y cruzaron la calle apresuradamente, manteniendo sus cabezas agachadas debajo de las alas de sus gorros de tweed.

Al fin, llegaron a la verja de hierro del exterior de la capilla, y Penélope empujó para abrirla. Evelyn hizo una mueca de disgusto ante el agudo chirrido de los goznes.

—¿Nunca los aceitan?

—No te preocupes —dijo Penélope—. Sígueme.

Cruzaron el diminuto cementerio, pero se detuvieron de golpe cuando un perro les ladró desde el otro lado de la reja. Evelyn dio un respingo asustada.

—¡Dios mío! ¿Y ahora, qué?

Penélope la agarró del brazo y tiró de ella hacia la parte posterior de la capilla.

—Ignóralo. Casi hemos llegado. Conozco un hueco por el que podemos atravesar la reja y acceder al patio.

Ahora Evelyn respiraba con dificultad, no estaba disfrutando con esto en absoluto.

—Creo que deberíamos dar media vuelta. Nos pillarán. Y si mi padre descubre...

Penélope no se detuvo a discutirlo. Se limitó a hablar mirando de reojo.

—Después de haber llegado hasta aquí, ahora no pienso volver. Quiero ver dónde duerme.

Evelyn se detuvo en seco en el camino de gravilla.

—¿Dónde *duerme*? ¡Que Dios nos guíe, Penny! Creía que ibas simplemente a meter la nota por debajo de su puerta.

—Sí, a menos que logre abrirla con una de mis horquillas.

Incapaz de dar crédito a cuanto oía, Evelyn resopló con frustración.

—Te has vuelto loca.

Penélope se detuvo y se volvió, y aunque a la luz de la luna Evelyn no pudo ver su expresión, sí pudo oír la radiante y deslumbrante dicha de su voz.

—Sí, me he vuelto loca. Loca de *amor*.

Evelyn sintió una repentina irritación.

¿O eran celos?

No, no. *No*. Eso no. No podía permitirse contemplar semejante estupidez.

Meneó la cabeza y dio un paso al frente para suplicar una vez más.

—Conoces las historias sobre él, Penélope. No se lo merece. Te partirá el corazón. ¡Si me escucharas para entrar en razón!

Penélope llegó a la otra punta del cementerio, junto a la fachada de la capilla, y rodeó los barrotes con sus manos.

—Ése es tu problema, Evelyn. Siempre eres racional, cuando en algunas ocasiones simplemente hay que confiar en el corazón. Desafiar a la razón, si es preciso.

Evelyn permaneció inmóvil, observando cómo Penélope se colaba por la reja. ¿Desafiar a la razón? ¿Con qué fin? ¿Para que le destrozaran el corazón y lo pisotearan como había ocurrido con el de su madre hasta donde su memoria alcanzaba?

Penélope siguió refunfuñando:

—Y no entiendo por qué no puedes ver que él es maravilloso, sobre todo después de lo que hizo por ti. Deberías considerarlo tu héroe, Evelyn. ¡Te salvó la vida! ¿Cómo puedes pensar mal de él?

Evelyn recordó aquel día en el lago de hacía seis años, cuando se había caído al partirse el hielo y él la había sacado, salvándola.

—Éramos unos niños —repuso con un escalofrío—. Por supuesto que siempre le estaré agradecida por lo que hizo. Aquel día fue mi héroe. Pero no puedo pasar por alto el hecho de que ya no es ese niño. Se ha convertido en un canalla, y todo el mundo lo sabe. No lo veo con ojos soñadores como tú.

¿De qué serviría? Ella era una chica torpe, sin atractivo y con gafas, demasiado lista para su desgracia y que sentía una atípica predilección por la ciencia y la física. Estaba delgada como un palillo, tenía el pelo castaño soso y una nariz simplemente demasiado larga. Jamás, ni en mil años, podría atraer la atención de un chico como Martin, y las pocas veces que se había topado con él en la ciudad siempre que ella y su madre visitaban a la familia de Penélope, ni siquiera parecía saber quién era ella ni recordar que en cierta ocasión le había salvado la vida; incluso después de que Penélope los presentara y le dijera a él su nombre. Él había estado demasiado distraído flirteando con Penélope. La traviesa, rubia, guapa e inquieta Penélope.

Evelyn dudaba que él siquiera se acordara de ese horrible día en el lago. Nunca, jamás lo había mencionado ni manifestado el más mínimo indicio de reconocimiento.

De pronto Penélope parecía irritada.

—No es un canalla, y me gustaría que dejaras de decir eso, porque lo amo. —Se giró, disponiéndose a bajar al patio—. Mira, no

tienes que venir si no quieres. Puedes esperar aquí. De todas formas, sola iré más rápido.

Evelyn hizo un breve alto, reflexionando. *Podía* esperar aquí, ¿verdad? Podía evitar ver a su preciosa amiga disfrutando con la felicidad de su primera relación amorosa y romántica, suspirando y alardeando de lo mucho que su guapo príncipe le correspondía con su amor y de lo felices que eran.

¡Diablos! ¿Por qué Penélope había tenido que elegirlo a *él* para irle detrás? ¿No podía haber escogido a otra persona? ¿Por qué a Martin?

Evelyn observó cómo su amiga descendía por el muro y desaparecía de su vista, entonces oyó que sus zapatos golpeaban el suelo del patio.

—¿Vienes o no? —susurró con vehemencia.

Evelyn sintió un fuerte nudo en el estómago y supo que le sería imposible quedarse atrás. Tenía que ir, porque de algún modo, aunque extraño, Martin era *suyo*, aun cuando ella supiera que jamás podría conquistarlo.

—De acuerdo, voy —accedió a regañadientes, desfilando hacia la verja.

Varios minutos después, Evelyn y Penélope estaban pisando la hierba frente al dormitorio de Martin, debajo de la ventana abierta del primo de Penélope en la planta baja.

—Súbeme —dijo ésta, levantando un pie calzado con bota.

Evelyn soltó un suspiro de frustración y se inclinó hacia delante para formar un estribo con sus manos, truco en el que eran expertas, ya que durante años habían escalado el mismo saliente rocoso que había detrás de la casa de Penélope.

Un instante después, Penélope se encaramó a la habitación de Gregory, luego se giró y extendió sus manos por la ventana.

—Aquí no hay nadie. Agárrate.

Evelyn sujetó las muñecas de Penélope y trepó por la fachada. Era otro truco que conocían bien, y era inconcebible lo fácil que

resultaba sin corsés. Aunque trepar y entrar por la ventana en sí suponía diversos retos.

En cuanto estuvieron a salvo dentro, Evelyn, que era hija única, se limpió las manos en los pantalones y echó un vistazo a su alrededor. La habitación era muy austera, con sábanas de color azul oscuro y un solo cuadro enmarcado en la pared.

—Nunca había visto un cuarto de chicos.

Penélope, que tenía cuatro hermanos, se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos. La habitación de Martin está únicamente a tres puertas de distancia, pero hay que darse prisa. Dudo que tengamos mucho más de un cuarto de hora antes de que algunos empiecen a venir.

—¿Tienes la nota? —preguntó Evelyn, centrándose en las cuestiones prácticas con el fin de olvidarse del pánico total que sentía por haberse colado en el dormitorio de un chico. Por no mencionar que era el de Martin.

Penélope se dio unas palmaditas en el bolsillo de su chaqueta.

—Aquí mismo.

Evelyn había leído la nota antes. Estaba llena de florida efusividad amorosa romántica. Con la reputación que tenía Martin con las chicas, probablemente la leería y se olvidaría de la misma. Evelyn había intentado advertir a Penélope de eso, pero ella simplemente se había negado a escuchar. No escuchaba nada de lo que Evelyn decía.

Entreabrieron la puerta y miraron el silencioso pasillo. Tras comprobar que no había nadie por allí, recorrieron el pasillo de puntillas hasta la puerta de Martin.

—Es ésta —susurró Penélope, con la mirada iluminada—. Aquí es donde él reposa su hermosa cabeza cada noche. ¿Con qué crees que sueña? ¿Conmigo? ¿Podría atreverme a abrigo esa esperanza? Me dijo que yo era la chica más guapa de Windsor, ¿te acuerdas?

Evelyn miró a Penélope estupefacta, preguntándose si sería posible que esto empeorara aún más.

—Muy bien, estamos aquí. Introduce la nota por debajo de la puerta y vayámonos antes de que nos pillen.

Penélope asintió y metió la mano en su bolsillo, pero se detuvo antes de agacharse para introducirla por debajo. Desvió la vista hacia el pomo de la puerta.

«No, Penélope, no...»

Pero Evelyn no dijo esas palabras, porque sabía que de nada serviría. Penélope suspiraba por Martin en todos los sentidos y no se iría sin intentar ver su cama y, que Dios las tuviera de su mano, oler su almohada.

—Sólo quiero echar un vistazo —susurró Penélope, envolviendo el pomo con la mano.

—*Por favor*, hazlo de prisa. —Evelyn miró hacia un lado para asegurarse de que no venía nadie, después se debatió entre su confusa mezcla de emociones; la rabia contra Penélope por arrastrarla a esto y la extraña euforia que inundaba sus venas por lo que estaban a punto de ver. La cama de Martin Langdon. Supuso que debería reconocerlo: *quería* verla, para su notoria vergüenza de hecho. De modo que se preparó para seguir a su amiga dentro.

Penélope levantó un dedo para indicarle que guardara silencio y, a continuación giró el pomo lentamente. Por suerte la puerta no chirrió, y entraron muy silenciosas y de puntillas en la oscura habitación. Pero cuando la luz del pasillo se extendió por el suelo, hubo un repentino movimiento a la izquierda. Las sábanas de la cama se abrieron, el colchón crujió y botó, y Evelyn y Penélope se quedaron boquiabiertas al ver el torso desnudo de un joven (¡el torso de Martin!) cuando se incorporó y entornó los ojos por la luz.

—Pero ¿qué diablos...? —dijo él, levantando una mano a modo de visera sobre los ojos.

Ni Evelyn ni Penélope podían hablar. Tampoco Evelyn podía apartar la vista de ese torso desnudo y musculoso, y del alborotado pelo moreno de Martin mientras lo mesaba con la mano exasperado.

Estaba atónita, *paralizada* por la alarmante exhibición de piel frente a sus ojos.

¡Cielos! Era tan guapo que Evelyn no podía respirar.

Sin embargo, recuperó su agilidad mental cuando la cabeza de otra persona asomó por debajo de la colcha; la cabeza de una joven. Su encrespado cabello pelirrojo estaba desgredado y enredado, y tenía la colcha agarrada hasta la altura del cuello.

Aun así, Evelyn pudo ver sus brazos y hombros desnudos, y sabía lo suficiente sobre el pecado y la perversión para entender qué tejemanejes se traían.

Sintió náuseas repentinas.

—*¡Caray! ¿Es que no saben llamar a la puerta?* —chilló la chica de la cama, entonces alargó el brazo por detrás de su cabeza y lanzó con fuerza una almohada, volcando una botella de ron medio vacía, que se hizo añicos en el suelo. La almohada le dio a Penélope de lleno en la cara, tirándole el gorro—. *¡Salgan de aquí, idiotas!*

El pelo ondulado de Penélope se soltó de sus horquillas y cayó sobre sus hombros.

Martin se incorporó aún más.

—¡Jesús, un par de chicas! —Miró a Penélope—. La conozco. ¿Cómo se llama?

Ella soltó un sollozo y salió corriendo de la habitación. Evelyn se apresuró a seguirla, cerrando la puerta tras de sí. No se paró a pensar en lo que acababa de presenciar.

En la esquina, al fondo del pasillo, se abrió otra puerta, y unos pasos apresurados se aproximaron. Ella se fue disparada en la dirección contraria, siguiendo a Penélope a la habitación de su primo. Penélope ya estaba saltando por la ventana, sollozando sin control.

Evelyn corrió hasta la ventana.

—¡No hagas ruido, Penny! ¡Alguien nos ha oído! ¡Tenemos que salir de aquí!

Saltó y cayó en el suelo junto a Penélope, a continuación echó a correr, sujetando a su amiga del brazo para arrastrarla más deprisa a través del oscuro prado, pero Penélope lloraba con tanta intensidad que apenas podía mantener la velocidad.

—¡No pienses! —ordenó Evelyn sin mirar atrás—. ¡Limítate a correr tan rápido como puedas!

Bajaron con dificultad por una cuneta en el margen del prado, luego subieron de nuevo por el otro lado para encontrar la protección de varios edificios. Evelyn lanzó una mirada hacia los dormitorios y vio luces iluminando las ventanas. Daba la impresión de que en el edificio había una actividad frenética.

Sin duda, habían pillado a Martin con la chica en su cama y lo más probable es que no se le ocurriera flirtear con Penélope en un futuro próximo. No después de esto. Estaría furioso con ella, como mínimo.

Varios minutos más tarde estaban a salvo de las luces del campus y avanzando hacia casa de Penélope, caminando a paso acelerado junto al río.

Deteniéndose para recuperar el aliento, Evelyn miró de reojo y jadeó al hablar:

—Creo que ya estamos a salvo. Esperemos que Martin no le diga a nadie que éramos nosotras.

Penélope cayó de rodillas sobre la hierba.

—¡Oh, Evelyn! ¿La has visto? ¿Cómo ha *podido* hacerlo Martin?

La chica tragó con dificultad debido a su propio asombro e incredulidad, y a la extraña e intensa punzada de egoísmo que estaba sintiendo. ¿Quién era esa chica y qué le había estado haciendo a él exactamente debajo de las sábanas? Evelyn no quería saberlo. Sentía náuseas de sólo pensarlo. Náuseas.

Se arrodilló junto a su amiga.

—Lo siento mucho, Penny.

Penélope siguió llorando desconsoladamente al tiempo que Evelyn luchaba por ocultar su propia angustia. *No* cedería a la idea de que algo de esto le había dolido. *No* cedería. Lo que acababa de pasar no era ninguna sorpresa. Sabía qué clase de chico era él y había advertido a Penélope de ello de antemano. Martin era indomable y peligroso. No merecía que nadie lo adulara.

Apoyó una mano a modo de consuelo en el hombro de su amiga.

—Intentaste decírmelo —sollozaba Penélope—, pero no te escuché. Simplemente no quise escucharlo, pero desde el principio has tenido razón. *Es* un canalla. ¡Un sinvergüenza despreciable, ruin y asqueroso! ¡Lo odio!

Prorrumpió en otra oleada de sollozos.

—Todo irá bien —le dijo Evelyn con suavidad—. Lo superarás.

—¿Lo superaré? ¿Cómo? ¡Lo amaba, Evelyn! ¡Lo amaba! No había otro hombre para mí en el mundo, ¡y ahora tendré roto el corazón durante el resto de mi vida! ¡Oh, no quiero vivir! ¡Debería arrojarme al río esta noche! Entonces tal vez se arrepentiría de lo que me ha hecho.

—No te arrojarás al río —repuso Evelyn con rotundidad—. Él no lo merece.

Penélope tenía hipo.

—Eso me lo has dicho antes, pero tú no lo entiendes, Evelyn. ¡No sabes qué se siente estando locamente enamorada! Eres demasiado sensata. ¡No tienes ni idea de lo que estoy sufriendo!

Evelyn miró fijamente a los ojos llorosos de su amiga durante un instante, vio la franca desesperación que había en ellos y quiso gritarle con furia e informarle de que sí, lo entendía. Más de lo que Penélope sabría nunca.

Pero no dijo nada porque sabía que en un aspecto Penélope tenía razón. Evelyn era ciertamente sensata. Demasiado sensata para ignorar su inflexible prudencia y permitirse un completo abandono a sus emociones. Tras lo ocurrido esta noche, se esforzaría aún más para

ser prudente, porque no podía verse nunca más expuesta a semejante peligro. No quería acabar como Penélope, llorando a lágrima viva por un libertino como Martín que no merecía sus lágrimas.

—Nadie puede imaginarse lo destrozada que estoy —sollozó Penélope—. ¡Martín no me quiere! ¡Oh! ¿Por qué no me ha querido? ¿Qué hay de malo en mí?

Evelyn sacudió la cabeza.

—En ti no hay nada malo. Eres una chica preciosa y antes de que te des cuenta alguien te volverá a conquistar.

—No, jamás volveré a amar. Entraré en un convento.

Evelyn suspiró y se puso de pie.

—Venga, te acompañaré a casa. Te sentirás mejor tras una noche de sueño reparador.

—Jamás me sentiré mejor. Mi vida ha terminado.

Pero Evelyn conocía a su amiga. *Superaría* esto, y volvería a enamorarse, también, probablemente del próximo joven que le echara flores. Ésa era Penélope. Era abiertamente apasionada, le gustaban las atenciones, y los jóvenes sin duda disfrutaban dispensándoselas.

Afortunadamente, Penélope encontró la fuerza para levantarse y andar, y Evelyn la rodeó con un brazo para guiarla hasta casa.



Capítulo 2

*D*urante la semana siguiente, Evelyn y Penélope esperaron con ansiedad una reprimenda dirigida hacia sus personas o que algún representante oficial del colegio exigiera una entrevista con sus padres. Pero no hubo semejante reprimenda ni oyeron una sola palabra acerca de un escándalo en las habitaciones de Eton. Aunque se imaginaron que tales acontecimientos escandalosos fueron silenciosamente ocultados por el colegio, sobre todo porque atañían al hermano menor del duque.

Por consiguiente, pasaron la semana sin hacer nada extraordinario; deambulando por las tiendas locales con sus madres, que habían sido amigas desde la infancia. Tomaron té y comieron bollos en el jardín de Penélope, leyendo y dando relajados paseos por la orilla del río antes de la cena.

Afortunadamente, a medida que transcurrió la semana las lágrimas de Penélope fueron cada vez menos abundantes, y al término de ésta lord Martin Langdon le parecía el chico más despreciable de Windsor, afirmando que no tenía ni idea de cómo *alguna* chica podía considerarlo guapo, ya que su pelo siempre estaba desarreglado y era un libertino de la peor calaña, destinado a fracasar en todos los aspectos, por no mencionar que su sonrisa era de lo menos atractiva.

Evelyn sabía perfectamente que su sonrisa era, de lejos, su mejor rasgo, capaz de cautivar a cualquier fémica en un radio de nueve

metros, pero lógicamente no le rebatió el asunto a Penélope. Por el contrario, se mostró sinceramente de acuerdo con ella y le aseguró que tenía toda la razón en todos los aspectos. Era como si todo el escandaloso asunto hubiera ciertamente terminado.

Sin embargo, al finalizar la semana, cuando llegó la hora de que Evelyn y su madre se fueran a casa, aquélla descubrió con cierta alarma que la tormenta no había pasado en absoluto; puesto que allí estaba ella, de pie en el andén de la estación de tren, a dos metros escasos del mismísimo lord Martin Langdon.

Habían pasado 10 días desde que lo viera en su cama, con el torso al descubierto y soltando improperios contra ella nada más incorporarse junto a una chica desnuda. Evelyn se mordió el labio inferior y tragó saliva con dificultad.

—El tren llega tarde como de costumbre —comentó su madre consultando su reloj y dando un paso hacia delante para echar un vistazo a la vía—. Quizá tu padre tendría que habernos enviado la carroza.

Evelyn no pudo contestar. Estaba demasiado inquieta por la presencia de lord Martin a su lado. ¿Sabía él siquiera que ella era una de las intrusas aquella noche? Y ¡santo Dios!, ¿la estaba mirando fijamente? ¿O eran imaginaciones suyas, porque ella estaba completamente obsesionada con ser descubierta?

Continuó de pie en el andén, mirando al frente mientras su corazón latía con fuerza en su pecho, hasta que ya no pudo aguantar más la tensión. Tenía que saber si él la estaba mirando, así que desvió la vista discretamente en su dirección.

Para su más absoluto horror, él la estaba mirando fijamente, entornando los ojos con irritación y puro veneno en ellos.

Evelyn cogió aire apresuradamente y apartó la vista. ¡Dios, sí que lo sabía!

—Esto es ridículo —dijo su madre, consultando de nuevo su reloj y golpeteando el suelo con su pie enfundado en una bota—.

Quédate aquí con las bolsas, querida. Voy a preguntarle al jefe de estación cuánto tiempo más va a tardar el tren.

Antes de que Evelyn pudiera articular una protesta, su madre entraba de nuevo en la estación, dejándola completamente sola en el andén.

Bueno, completamente sola no. Estaba al lado de lord Martin.

Evelyn se humedeció los labios. Su corazón latía terriblemente deprisa mientras ella se esforzaba por actuar con naturalidad. ¿Podía ver él cómo subía y bajaba su pecho?

Entonces Martin hizo lo impensable. Habló.

—Vaya, vaya, vaya —dijo lentamente, balanceándose sobre sus talones—. Pero ¡si es la señorita Evelyn Foster!

Ella notó que las cejas se le arqueaban por el susto. No pensó que él supiera su nombre (porque siempre daba la impresión de no acordarse de éste), y lo cierto era que jamás se había dirigido a ella con anterioridad ni había manifestado conocerla, mucho menos le había dado a entender siquiera que él sabía de su existencia.

—¿Tiene usted alguna idea del caos que causó? —preguntó, lanzando una mirada de soslayo hacia la puerta de la estación en busca de la madre de ella.

Evelyn luchó para ocultar su incomodidad y de algún modo logró devolverle a Martin su mirada seca pero encendida.

—¿El caos que *yo* causé? ¿Porque es *mi* culpa, verdad, que tuviera usted a una mujer en su cama? Discúlpeme, pero lamento discrepar de usted.

Ella apenas podía creerse que estaba entablando tan inapropiada conversación. Y con lord Martin, ni más ni menos.

Los ojos azules de Martin, con sus extremadamente largas y negras pestañas, se entornaron.

—Me *pillaron* por su culpa, señorita Foster.

De repente, la ansiedad que Evelyn sentía se convirtió en rabia, porque para empezar ella ni siquiera había querido entrar a hurtadi-

llas en su dormitorio, y toda la culpa era de *él* por ser un ligón empedernido y ¡hacerle creer a Penélope Steeves que estaba enamorado de ella!

Evelyn no pudo contenerse. Con todas sus numerosas frustraciones, miró de frente a lord Martin y entornó sus propios ojos desde detrás de sus gruesas gafas.

—Disculpe, señor, pero cuando un caballero como usted se comporta de manera inadecuada, haciéndole creer a una impresionable joven que hay cierto cariño genuino entre los dos, ese caballero debe aceptar las consecuencias de sus actos.

Martin se la quedó mirando durante un momento largo y tenso, a continuación pareció casi divertido, pero no del todo, ya que hubo en él un resentimiento perceptible cuando se mofó:

—Disculpe *usted*, señorita Foster, pero su amiga tiene una cabeza sobre los hombros que le funciona perfectamente, ¿verdad? Tanto usted como ella deberían haber sabido que no era prudente colarse en el dormitorio de un chico, donde se prohíbe terminantemente la entrada de mujeres.

Evelyn lo miró indignada.

—¿Y qué hay de la mujer que estaba en su cama, señor? ¿Dónde estaba *su* cabeza?

Las comisuras de la boca de Martin dibujaron una arrogante sonrisa.

—*No creo que quiera saberlo.*

Evelyn inspiró una bocanada de aire. No sabía qué insinuaba él exactamente, pero estaba casi convencida de que era sumamente escandaloso.

Pero por nada del mundo quería que él la viera irritada por el comentario, de modo que levantó el mentón, recolocó los hombros y fingió tranquilidad. Aunque no tenía ni idea de qué decir.

Martin apretó la mandíbula y miró de nuevo al frente, era evidente que también se había quedado sin palabras.

Permanecieron en silencio durante varios segundos, mientras Evelyn se recreaba en su rabia, pues ¿qué derecho tenía él a culparla de *su propia* indiscreción? ¡Era él quien había tenido a una mujer y una botella de ron en su habitación durante la hora de la cena, por el amor de Dios!

Evelyn miró de reojo para comprobar si su madre volvería pronto, pero estaba todavía dentro de la estación, charlando tranquilamente con una mujer que llevaba un gran sombrero.

A medida que transcurrían los segundos, daba la impresión de que la tensión en el andén se hacía más pesada que el plomo. Evelyn podía sentirla vibrando a su alrededor, y antes de darse cuenta rompió el silencio otra vez y le hizo una pregunta con bastante indecisión:

—¿Qué caos se produjo exactamente después de que lo pillaran?

No debería haberlo preguntado, pero quería saber si él había revelado su implicación y la de Penélope.

Porque Dios no quisiera que su padre se enterara de ello. Evelyn ya era suficiente estorbo para él.

Martin la miró y habló con desdén:

—Tuve que explicarme ante el director, el cual, en pocas palabras, no se había sorprendido por mi conducta, pero eso no es nada nuevo. A día de hoy estoy oficialmente expulsado del colegio y me obligarán a ir a vivir con mi tía en Exeter, quien a diario me recordará que estoy condenado a una vida de fracaso total y absoluto. —Escudriñó la vía con desprecio—. Contaré los días hasta que el colegio vuelva a aceptarme. *Si* me vuelve a aceptar.

—¿No se va usted a casa? —inquirió Evelyn—. ¿Con su hermano, el duque?

Lord Martin le dirigió una sarcástica mirada y sacudió la cabeza.

—Mi hermano prefiere dejar que otras personas me reconduzcan por el buen camino.

De pronto Evelyn sintió una punzada de compasión por él, ya que daba la impresión de que no contaba con ninguna clase de apoyo, y ella había oído ciertos rumores sobre su casa, el castillo de Wentworth, un lugar más bien oscuro y lúgubre. Pero entonces se recordó a sí misma que él mismo se había buscado todo esto. Él mismo había decidido comportarse mal.

—Quizá sea eso lo que *usted* necesita —le espetó.

Lord Martin hizo una mueca de disgusto, como si no pudiera dar crédito a lo que había oído.

—Es usted muy arrogante, ¿verdad, señorita Foster?

—Y usted, señor, es muy grosero. —Evelyn no había sido tan directa en toda su vida.

Él miró en la otra dirección, cabeceando despectivamente, como si Evelyn fuera una completa idiota que ignoraba cómo funcionaba el mundo.

Ella apretó con fuerza su bolsa de mano. Siempre era doloroso sentir que una no era nada atractiva para los hombres, por no mencionar lo que se sentía cuando el joven en cuestión era lord Martin. Había momentos en los que recordaba lo agradecida que le había estado seis años antes cuando él la sacó del agua helada y la dejó sobre el hielo. Martin tenía únicamente 11 años, y ella lo consideraba el mayor héroe del mundo. Pero ahora...

Hoy difícilmente era un héroe. Era rencoroso y rebelde, y no parecía importarle nada más que su propio egoísmo e irresponsables placeres. Había caído muy bajo, y era, en una palabra, descorazonador, ver cómo el héroe de los sueños de su infancia malgastaba el coraje y la gallardía que ella había visto en él aquel día en el lago.

Martin se volvió a ella para decirle una última cosa:

—No se preocupe, señorita Foster, no las he delatado ni a usted ni a su amiga. Le dije al director que no tenía ni idea de quiénes eran ustedes, y me parece que me creyó. Se piensa que anda detrás de un par de chicos.

Evelyn apretó de nuevo su bolsa con las manos y de pronto se sintió bastante avergonzada.

—Bien, supongo que al menos debería darle las gracias por eso.

Él no buscó su mirada y habló con fría cautela.

—No es necesario.

Justo entonces, Evelyn oyó que su madre taconeaba recorriendo el andén.

—No deberíamos esperar mucho más tiempo —dijo, a continuación señalando hacia la vía—. ¡Oh, mira, ya viene!

Evelyn se inclinó hacia delante y vio la locomotora de vapor acercándose desde lo lejos. Martin no volvió a mirar hacia ella. Se agachó y cogió su maleta, luego se fue paseando en la dirección contraria.

Poco después estaban subiéndose a los vagones de primera clase, de los que, afortunadamente, había dos. A Evelyn no le sorprendió que Martin eligiera el que estaba tras el suyo.

Nada más sentarse, su madre se inclinó hacia ella y le dijo:

—¿Ése no era lord Martin Langdon, el hermano del duque de Wentworth?

Evelyn miró por la ventanilla y procuró parecer indiferente.

—¿Lo era? No me he fijado.

—¿No te has fijado, Evelyn? —repuso su madre—. Seguro que lo habrás reconocido. En cierta ocasión te salvó la vida, cariño.

Evelyn sospechó que su madre podía atravesar su máscara de indiferencia, pero aun así la mantuvo.

—Bueno, si era él, no me ha reconocido. Fue hace mucho tiempo. Dudo que incluso lo recuerde.

—Francamente, Evelyn. ¿Cómo iba alguien a olvidarse de haber sacado a una niña pequeña de un lago helado?

Evelyn se encogió de hombros.

—Vale, quizá lo recuerde y simplemente no sepa que era yo.

Y hubo algo en eso que la hizo sentirse extrañamente sola.

Entretanto, en el vagón de primera clase que había inmediatamente detrás del de Evelyn, Martin estaba cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el asiento tapizado, preguntándose si aquella caída a través del hielo de hacía años era la razón por la que la señorita Foster tenía agua helada en las venas.

Honestamente, era la chica más seca, fría y mojjigata que había conocida nunca, siempre actuando como si no lo conociera, cuando debía de recordar que él le había salvado la vida. ¿Cómo iba a olvidarlo? ¡Demonios!, detestaba el modo en que siempre lo miraba, con superioridad, eso si se dignaba siquiera a mirarlo a los ojos. Daba igual lo que él dijera o hiciera, nunca lo saludaba ni le dedicaba la más mínima sonrisa.

No es que le importara, pensó Martin. Por él como si a la señorita Foster le daba por pasear por una docena más de lagos helados con una fina capa de hielo. Desde luego él no intentaría detenerla, porque gracias a ella y su estúpida amiga (¿cómo se llamaba? ¿Penélope no sé qué?) tendría que pasarse el resto del mes aburrido como una ostra en Exeter, con una tía que constantemente le recordaría que estaba condenado a una vida de fracasos.